

Julián Cabrera (Santa Cruz de La Palma, 1949): el «guardián» de la Virgen

Aarón García Botín



Julián Cabrera con los Custodios de la Virgen en la procesión general (2015). JA

El fervor y la pasión con los que muchos palmeros viven la Bajada de la Virgen les lleva a participar en varias de las actividades que se realizan en su honor, ya sea como público o desde dentro de las propias Fiestas Lustrales, todo sea por estar lo más cerca posible de su protagonista, Nuestra Señora de las Nieves. Sin embargo, seguramente muy poca gente ha estado tan cerca de la Virgen y durante tanto tiempo como Julián Cabrera: su camarero, su custodio y otras muchas cosas más, pero, siempre, su fiel guardián desde hace casi cincuenta años.

No se puede decir que lo suyo no fuera vocación, pero es casi algo más. De alguna forma, Julián Cabrera lo llevaba en la sangre, pues su madre —cuenta— lo primero que le inculcó fue el santuario. Así, desde que tenía ocho años y fuera primero monaguillo y después sacristán, hasta hoy, a sus setenta y un años y tras infinidad de labores realizadas en las Fiestas Lustrales, suma toda una vida ligada a la Virgen y al Real Santuario Insular de Nuestra Señora de las Nieves.

Quizás porque estaba cerca, por la extraordinaria labor que desempeñaba o por la naturalidad de un proceso de acercamiento a la imagen mariana de alguien que siempre estuvo ahí, el tiempo quiso que Julián Cabrera quedara al cargo del cuidado de su altar, imagen, trono y joyas,

Julián Cabrera cargando el sillón de viaje (1975). AGLP



Julián Cabrera en Las Nieves. AGB

y llegara a ser, por lo tanto, camarero, una labor que empezó en 1972 y que todavía hoy continúa haciendo.

Durante todos estos años, no sólo se ha ocupado de guardar y comprobar que no falte ninguna de sus joyas —una preciada colección de piezas donadas por los ciudadanos, algunas de ellas con varios siglos de antigüedad—, sino también de entregarlas a otras personas para ponérselas a la Virgen o estar pendiente de que cuando se coge alguna, sea, efectivamente, para ponérsela o para guardarla en su sitio «porque si no, sería un tejemaneje».

Entre sus labores también ha estado cambiar de ropa y enjorar a la Virgen en todas las ocasiones especiales, incluidas, por supuesto, aquellas que tienen lugar fuera de las Fiestas Lustrales, como el día de la Candelaria (2 de febrero), el día de la Madres (último domingo de mayo) o el día de las Nieves. Desde la víspera de ese día tan especial, que se celebra el 5 de agosto, la Virgen permanece enjorada hasta la octava, cuando se le quitan todas las prendas «buenas», las más valiosas y especiales, al igual que las que lleva durante la bajada quinquenal, y se les vuelven a poner las de diario. Al final, a lo largo del año, tal y

como indica Julián Cabrera, todas las joyas pasan por sus manos, «para la bajada y para la subida, o para el día de las Nieves, todas pasan por las manos mías».

Además de ser camarero, o quizás por ello, Julián Cabrera también se ha ocupado durante las Fiestas Lustrales de cuidar de la imagen de la Virgen cuando esta va o vuelve de Santa Cruz de La Palma, es decir, de ser su custodio, lo que ha implicado incluso que tuviera que dormir junto a ella para evitar riegos durante los veintiún días aproximadamente que esta suele pasar, cada cinco años y mientras dura la bajada, en la parroquia matriz de El Salvador. Se trata de una actividad que antes se hacía —asegura— «porque no había ninguna seguridad en la capital ni en la iglesia» pero que, aún hoy en día y pese a las mayores medidas de seguridad, se sigue haciendo.

Ser custodio también ha supuesto para Julián Cabrera ocuparse de organizar el trono de la Virgen en los traslados de subida y bajada y ser el responsable de que este llegara sano y salvo a la ciudad. Para ello, este peculiar elemento se desmonta y se divide en piezas que se reparten entre varias personas que son luego las encargadas de llevarlas a la capital insular y entregarlas. Allí Julián Cabrera las recibe, comprueba que estén todas y que estas hayan llegado tal y como se prestaron y monta de nuevo el «puzzle» en forma de trono de plata, donde permanecerá la Virgen mientras se encuentre en la ciudad.

Este proceso tan meticuloso, sin embargo, no le ha librado de algún disgusto durante todos estos años, y eso a pesar de los muchos compañeros que le ayudan o de que, nada más sale el primer pedazo de trono en el traslado «romero», mande a un custodio a ponerse delante para que no los metan en las casas. Pues bien —según cuenta— un año a las tres de la mañana



faltaba un pedazo; afortunadamente y pese a que tuvo que ir acompañado de la Guardia Civil para recuperarlo, lo encontraron en la vivienda de su responsable, que estaba durmiendo. La pieza no podría haberla robado puesto que, aunque se asignan por sorteo, las personas tienen que firmar un documento y, por lo tanto, queda registrado quién tiene cada pieza. Pero seguro que en esa edición de la bajada del trono se llevaron un buen susto.

No obstante, para hacer estos trabajos relacionados con el trono, Julián Cabrera coadyuvó a fundar la hermandad de custodios, de la que fue presidente y, en la actualidad, su presidente honorífico. Explica que tuvieron que hacerlo porque antiguamente el Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma pagaba a unos cargadores por bajar a la Virgen a la ciudad para las Fiestas Lustrales y subirla de nuevo a su santuario.



Julián Cabrera en el santuario de las Nieves. AGB

«Esto no se puede pagar, sino que la gente tiene que ser la responsable en bajarla y subirla» —señala— y añade: «Fue en 1975. Subíamos nosotros con la Virgen por el barranco de Las Nieves y cuando llegamos arriba, los cargadores, que estaban esperando en la carretera, nos dijeron que ellos la subían. Les dije que ellos ya no subían la Virgen, sino que lo hacíamos los que la cargamos hasta allí».

Además de todas las actividades en las que ha colaborado como ciudadano de a pie, lo cierto es que también colaboró como empleado del Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, del que formó parte desde 1982, y durante treinta y dos años, hasta su retiro hace seis. Como integrante del consistorio se ocupaba del montaje del escenario, primero en el Silvestre Carrillo, estadio del Club Deportivo Mensajero y lugar donde armó los escenarios para casi

todos los espectáculos de la Bajada que se celebraran allí y, posteriormente, en el Recinto Central, donde además hacía de portero en todas las funciones de la Danza de Enanos.

Dada su experiencia como luchador de lucha canaria y posteriormente como árbitro, también participó en la tradicional Luchada Lustral: en 1985 como luchador y como árbitro en 1990; una cita que se sigue celebrando cada edición en un terrero de arena que se prepara específicamente para ello en la plaza de Santo Domingo.

Algunas cosas le han quedado pendientes por hacer, como recuperar la elaboración e instalación de arcos a la salida del santuario para despedir a la Virgen cuando sale rumbo a la ciudad y para recibirla cuando vuelve, tal y como se hacía antiguamente también en la ciudad cuando esta llegaba al barco. «Eso querían recuperarlo, pero... cuesta mucho hacerlo y, si no te apoyan, no lo puedes hacer» —lamenta—. «En la calle Real se hacen para el trono. ¿Por qué no lo hacen para la Virgen?, ¿porque el trono es más importante? La Virgen es más importante» —critica—.

Llegado el momento, Julián Cabrera se retiró del ayuntamiento, pero aún hoy en día continúa colaborando con la Bajada de la Virgen. No se puede esperar menos de alguien que empezó a ir al santuario con ocho años, que fue monaguillo, sacristán, camarero de la Virgen, custodio y hasta presidente y presidente honorífico de esta hermandad, entre tantas otras cosas a lo largo de los años. Parece, además, que aquellos que lo conocen lo tienen muy en cuenta cuando todavía le avisan «para cualquier cosa», como para decirles cómo va montado el escenario. Todos ellos saben, sin tener que avisarle, que él en la Bajada de la Virgen colabora siempre.